Reencuentro

Triz Expósito



1. REENCUENTRO

Es una noche de principios de verano de luna llena en un barrio al sur de Madrid.

Lúnali se encuentra divagando sin hacer mucho caso a dónde la llevan sus pies.

Está cansada después de un duro día de trabajo. Trabaja en un supermercado de barrio y en estas fechas están hasta arriba.

Es una chica de 24 años, alta y delgada, de piel clara y cabello negro. Sus ojos, almendrados y negros como su pelo. Tiene andares felinos, incluso distraída.

Lleva un vestido de gasa rojo hasta la rodilla y unas sandalias negras. Sus labios, a juego con su vestido, llaman la atención a cualquiera que la mire. Cuida mucho su imagen.

Sin darse apenas cuenta, se encuentra en un callejón bastante oscuro, sólo una farola a cada lado. A un lado del callejón, tan sólo hay un muro de piedra medio derruido. Al otro, un único edificio que está bastante hecho polvo. Las enredaderas aún no han florecido y se ven como venas del bloque. El centro del callejón está en penumbra y algo capta su atención. Levanta los ojos de forma instintiva y le ve.

Samel es un chico de 28 años, rubio, de pelo despeinado, alto y fuerte. Cuerpo musculoso y marcado. Sus ojos azules

son un oasis en mitad del desierto que destacan en contraste con su pálida piel.

Viste con unos vaqueros, camiseta blanca de manga corta que se le ajusta perfectamente a sus definidos músculos y zapatillas blancas a juego. Un tatuaje asoma por el borde de la manga izquierda de la camiseta.

Se dirige al local de siempre, pero hoy no es que le apeteciera ir. Simplemente, sintió una corazonada y se dejó guiar.

Lúnali queda atrapada viendo a aquel muchacho. De pronto ve algo a lo que no da crédito, el chico apoya su mano en la pared y desaparece.

«¿Qué ha pasado? Se lo ha tragado la tierra. ¿Acaso acabo de ver cómo ha cruzado la pared? ¿Perrrrrrdona?» — Piensa Lúnali.

Sigilosa y cauta, se acerca al punto exacto de la pared por donde ha visto cruzar al muchacho.

Mira a ambos lados para asegurarse de que no la ve nadie, se siente avergonzada de intentar hacer lo que va a hacer. Apoya su mano en la pared, intentando encontrar un picaporte, un resorte, una palanca, algo que le de una explicación racional a lo que acaba de ver. De golpe, cruza la pared.

«¿Qué coño he tocado?»Piensa para sí misma.

Sin tiempo para mas pensamientos, se queda fría al darse cuenta de dónde está.

Echa un vistazo a su alrededor. Lo primero que llama su atención es el cartel luminoso con lo que deduce es el nombre de aquel ¿antro?

REENCUENTRO.

—Vaya, no sé con quién me reencontraré— murmura con sorna, entre divertida y algo asustada por estar en un lugar

¿mágico?

Sobre todo tiene muchísimas preguntas y llegará hasta el final para conseguir las respuestas.

Observa cada detalle del local, paredes empapeladas con efecto ladrillo visto, luces tenues, mucho humo debido a los fumadores del garito y sobre todo mucho barullo. La sensación que le transmite el bar es de ser un local de los de toda la vida. Se ve a la gente cómoda en aquel lugar. El personal es de todo rango de edad. Al fondo, pegado a la barra, hay lo que parece ser un improvisado escenario, pero no se ve ningún cartel que publicite alguna actuación, ni pasada ni futura.

La gente que ve allí es muy pintoresca, crestas punkies, chaquetas de cuero con tachuelas, mucha rejilla en la ropa… Un grupo destaca entre la multitud y capta su atención. Parecen tener marcas en la piel. Pero antes de acercarse más, tiene que encontrar al chico que ha cruzado antes que ella. Iba solo, por lo que no es un rival para ella en caso de que la cosa se ponga fea, sabe defenderse. Aunque él, visto de lejos, le saca un par de cabezas y medio cuerpo. Siente la necesidad de girarse a buscar. Su instinto, como siempre, no le falla y sale en su ayuda.

Samel la ha visto primero. Decide seguirla y observarla. Desprende olor a vainilla. Sus ojos recorren el cuerpo de la joven sin dejar ni un detalle. Le gusta lo que ve. Está a punto de rozar su larga melena cuando ella se gira.

Él no se lo espera y ella choca la cabeza contra su pecho.

Lúnali intenta disculparse, pero cuando sus ojos se fijan en Samel, su humor cambia. Se eriza cual gata.

—¿Tú? —Le espeta Lúnali— Has cruzado una maldita pared como si fuese niebla.

Lúnali intenta romper el contacto visual, pero sus miradas están enredadas. Siente una gran atracción. Como si algo la retuviese. Siente que son polos opuestos de un imán.

—¿Yo?— Contesta Samel sin entender nada. ¿Acaso se conocían? —Te has chocado tú, ten más cuidado. —Dice, tocándose el pecho, como si le hubiese hecho daño, y le dedica una sonrisa.

Lúnali le lanza una mirada furiosa. Si las miradas matasen, estaba claro como hubiese acabado Samel.

—Ten mas cuidado tú. No debes acosar a la gente de esta manera.

Samel no da crédito. ¿Cómo es que ella, con dos frases, le ha sacado de sus casillas? ¿A él? Imposible.

Sin mediar palabra, da media vuelta y sale a tomar un poco de aire a la calle y calmarse. Se enciende un cigarrillo y observa un parque cercano mientras pone orden en su mente. Si sigue tan alterado, hará crecer árboles dentro del bar, menos mal que está protegido.

Lúnali decide no seguirle. Si va a buscar respuestas, necesitará otra persona que no sea tan exasperante.

Recorre el local buscando a quién puede preguntar, cuando ve al grupo de chavales que llamó su atención.

Están jugando al billar y bebiendo lo que parece whisky con hielo. Van fuerte, piensa Lúnali.

De pronto, sin saber cómo, se ve en medio del grupo.

Se le acerca una chica, Verónica, de unos 26 años, que parece ser la líder de aquellos 5 muchachos. Bajita, delgada y grácil. Es rubia, con el pelo corto y cuidado en un corte recto y afilado. De piel blanca, casi traslúcida. Viste con minifalda de cuero, botas altas negras, aun con el calor de la temporada y una camiseta que deja menos a la imaginación que a los ojos. Lleva una marca bordeándole la cara por el lado derecho. Parecen copos de nieve, pero no es un tatuaje, mas bien una cicatriz. Sus ojos denotan diversión y malicia a partes iguales. Lúnali se tensa y adopta una postura defensiva pero relajada a su vez. El local está abarrotado y no cree que

vaya a sufrir riesgo alguno, pero debe estar preparada, su sexto sentido le dice que esa chica no es de fiar.

Uno de los chicos, que observa desde un sillón verde oliva, se acerca a las dos chicas.

Es Marco, un joven alto de 25, de pelo negro como Lúnali y ojos verdes y pequeños. De buena estructura corporal y muy buen ver. Lleva unos pantalones cortos militares, camiseta de tirantes de color caqui y zapatillas marrones. La mira de forma curiosa y juguetona. Él también tiene una marca detrás de la oreja y la nuca. Parecidos a los de Verónica pero acompañados de hojas.

—¿Qué tenemos aquí? — Dice Marco mientras coge un mechón de pelo de Lúnali.

—Creo que es un nuevo juguete. — Ríe Verónica.

Lúnali retira la cabeza para que el mechón escape de las manos de Marco.

En ese instante, Samel entra al local de nuevo y al ver a Lúnali con Verónica y Marco, se acerca rápidamente. Puede notar como el ambiente del bar se tensa.

«A saber qué traman estos ahora» — Piensa Samel.

Desde su posición, es capaz de oír las risas y burlas que provienen del grupo hacia su chica desconocida. Decide intervenir y no dejar que vaya mas lejos. Se pega a ella y la agarra por la cintura.

—Te estaba buscando. Salí a fumar y al entrar no sabía por quién preguntar. No recuerdo tu nombre. — Sonríe Samel.

—No te lo he dicho. — Contesta Lúnali, observando la preciosa sonrisa torcida que le está dedicando. Está sintiendo su mano en su cintura y su cuerpo se estremece.

—Aún. — Le dice Samel mientras le guiña un ojo a modo de advertencia sobre la gente que tiene alrededor.

Lúnali decide hacer caso de la señal, pues su instinto está de acuerdo en que debe alejarse de ahí, y se le acerca al oído, poniéndose de puntillas. No quería que los demás supieran su nombre.

Casi rozando con sus labios el lóbulo de la oreja de Samel, le susurra su nombre. Lúnali.

Lúnali. Su nombre no para de repetirse en su mente.

Lúnali.

Él tendría paciencia y moral, pero no es de piedra. Su vello se eriza al contacto de sus labios con su oreja.

¿Qué pasa con ella?

Samel le hace un gesto con la cabeza para salir del bar y Lúnali asiente.

—Un placer chicos, como siempre. Lo dejamos para otra ocasión. —Dice Samel a modo de despedida sarcástica.

Dejando a Verónica y Marco con ganas de bronca, salen a la terraza del Reencuentro y se sientan en el chillout de cojines floreados. Está en el interior del edificio y desde allí se puede ver la luna, que les ilumina. Es un sitio pequeño en el que sólo caben 4 mesitas. Pero, aunque la noche está para que estuviese llena, están ellos dos solos.

Se observan hasta que ella le saca de sus pensamientos espetándole:

—¿Cómo es que existe un lugar como este? ¿Cómo has cruzado la pared? ¿Cómo he podido yo? —La cara de asombro de Lúnali es un poema.

—A ver, lo primero, sólo es un bar. Ni que no existiesen bares en Madrid. Y lo segundo, ¿en serio me estás diciendo que no sabes como he entrado en el local? — Samel sospecha que ella no tiene ni idea de la existencia de la magia.— Es una tela encima de la puerta. — Se ríe sólo de pensarlo.

—Deja de reírte de mi. Estoy buscando respuestas, no que me humillen. Sé lo que he visto. Sé lo que he tocado. No era tela. Era una puta pared.

—Está bien. Disculpa. Aunque no te conozco de nada te voy a ser sincero. Poseo magia, por eso he podido cruzar...

—Espera, espera, espera. —Le interrumpe ella. ¿Me estás diciendo que tienes poderes mágicos? —Lúnali comienza a reírse de forma nerviosa.

—Menos cachondeo. — Samel se muestra un poco enfadado e irritado. Al final tiene razón en que ella no conoce su mundo. — Te estoy diciendo la verdad.

Tengo magia de Tierra y este es uno de los puntos repartidos por la ciudad donde las personas con dones pueden estar tranquilamente sin interactuar con la gente “normal”. Lo que me lleva a preguntarte... ¿Cómo has entrado tú?

¿Tienes magia? Y espero que no me vaciles.

—Perdona, ¿cómo dices? ¿Que si tengo magia? — Pregunta horrorizada.

—Sí. Cuál es tu magia, tu don. Has cruzado, ¿no? Y te he dicho que no me vaciles. Yo te estoy diciendo la verdad. Espero lo mismo.

—Sí, he cruzado, pero no sé cómo. — Contesta algo avergonzada y a la defensiva. — La verdad es que estaba buscando un picaporte o algo cuando aparecí dentro del tugurio este. — Sonríe pícara algo mas relajada.

—Vaya. Nunca pensé que eso pudiese suceder. Sólo es posible cuando alguien con magia cruza a alguien que no la tiene. Ahora tengo que irme, está amaneciendo y tengo cosas que hacer. Por cierto, me llamo Samel. — Le da dos besos y ella se queda petrificada.

Cuando recobra la compostura unos segundos más tarde, le acompaña a través del local hasta la salida. Samel le ofrece

su mano para volver a cruzar la pared con el cartel de EXIT colgando a duras penas en la pared. Lúnali la acepta.

Con el Sol asomando, se despiden a la salida del bar y cogen rumbos distintos.

Samel va a su piso, el que comparte con Erik, un joven de su misma edad, de color y de familia adinerada. Es su mejor amigo. Crecieron juntos y se conocen muy bien. Iba a flipar cuando le contase el encuentro de esta noche. Sonríe y se sonroja. «Menuda chica, es una bomba.» — Piensa Samel.

Lúnali, sin embargo, se dirige a su apartamento. Un estudio entreplanta con apenas espacio para un sofá cama, una cocina americana, un baño y poco mas. Pero hay que reconocer, que todo bien decorado, lo hace acogedor.

En sus pensamientos no deja de resonar la palabra “magia”.

—¿Cómo voy a tener yo poderes? ¿Estamos locos? ¿Qué cojones ha pasado esta noche? — Piensa en voz alta.

Lúnali va con peor carácter que de costumbre y ese chico la atraía y enervaba a la vez, a partes iguales.

Llega a casa y se echa a dormir un poco antes de irse a trabajar. Volvía a tocarle turno doble.

¿Quieres seguir descubriendo la historia de Lúnali?

REENCUENTRO · Triz Expósito

Encuentra mis libros y novedades en trizexposito.com

Instagram: @reencuentro_triz

Muestra gratuita para lectura. © Triz Expósito. Todos los derechos reservados.